

***La constelación del Sur*, de Patricia Willson**

Siglo XXI, Buenos Aires, 2004

Reseña: Santiago Venturini

Universidad Nacional del Litoral

“Las lógicas del traspaso

(la práctica de la traducción en la literatura argentina)”

Sabemos hoy –porque los llamados *Estudios de la Traducción* lo han puesto de relieve– que la práctica de la traducción literaria ejerce un impacto significativo no sólo en el establecimiento de un tránsito entre lenguas y culturas, sino en la génesis y consolidación de una literatura. En el espacio en que un texto vuelve permeables dos sistemas lingüísticos y literarios, habilitando un *traspaso*, se abre un espectro dilatado de problemáticas que delinear la complejidad de toda traducción.

176 177

Precisamente allí donde *traducción* implica no sólo el atravesamiento de lenguajes –e imaginarios– sino la realización de actos constitutivos para una literatura, allí se sitúa *La constelación del Sur* de Patricia Willson. Se trata de una investigación cuyo movimiento reflexivo sería éste: el de definir a la práctica de la traducción como un hecho literario decisivo que, en mayor o menor medida evidenciado –o sea, dominado por estrategias capaces de negar o transparentar su funcionamiento–, interviene en la legitimación de nuevas poéticas o modos de escritura, así como en la configuración de filiaciones o rechazos a nociones disímiles de la lengua literaria. Desde esta óptica, la traducción trasciende ese intervalo saturado por la tensión estructural entre dos lenguas para situarse en otro espacio, aquel marcado por los modos en que una literatura *captura* un texto extranjero: “Son sus normas reguladoras de la producción literaria, sus debates estéticos, sus sistemas de representaciones, los que dejan huellas en una traducción, y no solamente la fidelidad debida a un texto original” (Willson, 2004: p. 15).

La literatura traducida se presenta así, para Willson, como la cristalización resultante de un conjunto de estrategias puntuales de asimilación y refracción –esto es, de *manipulación*– de la *extranjería* de un texto, ejercidas por una “literatura importadora” que actúa como el polo de enunciación obligado para toda práctica translática. De ahí uno de los supuestos centrales de este trabajo: la posibilidad de pensar la traducción –o más específicamente la *literatura traducida*, el verdadero objeto de análisis de este libro– desde una “perspectiva crítica” capaz de leer los textos desde la topografía de la cultura receptora, que los acoge y los incorpora a un campo literario ya constituido en un cruce de relaciones entre obras y actores: “la traducción opera entonces como práctica que posibilita la migración de géneros, estilos, símbolos, personajes, de un sistema literario a otro, a través de las fronteras lingüísticas, volviendo disponibles nuevos dispositivos en la literatura receptora” (Willson, 2004: p. 41).

Esta literatura receptora actuará junto a un “aparato importador” para construir una imagen del texto foráneo, a través de un conjunto de estrategias desplegadas por el aparato editorial; estas estrategias contemplan desde la selección de los textos

a traducir –que pretende siempre impactar de alguna forma en el sistema literario vernáculo– hasta el montaje de un dispositivo que legitime esa inclusión, conformado por vías paratextuales (prólogos, estudio preliminar, noticias biográficas).

El intervalo que contempla la fundación de la Editorial *Sur* (1933) y se cierra al comienzo de la década del '60, delimita el período al que Willson se restringirá para dar cuenta de la intensidad de las relaciones entre la literatura y la traducción. Esta elección obedece a la consolidación de un creciente aparato editorial, acompañado por la emergencia de fuertes actores culturales –los “traductores-escritores”– que no sólo ejercitan la traducción sino que se destacan como referentes de la literatura argentina.

Antes de abocarse a su análisis, y como un gesto casi necesario, Willson rastrea el estado de la traducción literaria en el período inmediatamente anterior, marcado por el auge de grandes procesos editoriales que se extienden en las primeras tres décadas del s. XX. Es un momento fuertemente arqueológico de su investigación, marcado por un trabajo con los diversos textos –publicaciones, documentos, catálogos– en los que una cultura da cuenta de sus prácticas. Así, Willson repasa las colecciones más relevantes de la época, y concluye en la existencia de un estatuto negado de la traducción, desvanecido, por un lado, por la fuerte impronta comercial de estas publicaciones, enmarcadas en un proyecto de masificación de la lectura influido por una pronunciada tendencia didactista; y, por otro lado, por la ambición común del fortalecimiento de la cultura nacional a través de su conexión con otra cultura que la nutre, una cultura literaria *universal*.

Los elegidos

La aparición decisiva de *Sur* en este panorama implicará entonces, para Willson, un corrimiento en la percepción de la traducción, donde la intención pedagógica cederá ante otra de orden estético. En este marco, el texto extranjero dejará de ser un espacio al que naturalizar a través del borramiento de su insistencia, y se configurará como un dispositivo literario que, al ser apropiado por la lengua y la cultura receptoras, desplegará un conjunto de problemáticas y hallazgos.

Victoria Ocampo, Jorge Luis Borges y José Bianco, que delinear esta figura del “traductor-escritor”, constituyen para Willson tres *idiolectos* de una nueva lógica de la traducción literaria. Cada uno de ellos cristaliza una actitud ante *lo extranjero*, y los textos que traducen dejan entrever un conjunto de estrategias propias –“estrategias de traducción”– que los ubica frente a una noción localizada de la práctica, que es además permeable a las representaciones de la literatura que cada uno de ellos sostiene y legitima. Aquí es donde la traducción se desoculta y se muestra como un fuerte movimiento interpretativo y crítico en relación con el texto de partida, pero además político, en la medida en que, intervenida por una *ética* frente a la lengua extranjera, habilita determinadas manipulaciones de la materialidad de ese texto y clausura otras.

Así, Victoria Ocampo, cautiva de una postura ambigua –aquella de creer en la plena traducibilidad, para asediada después con las irreductibles particularidades

de cada obra— sostiene la literalidad como un imperativo de su práctica y transforma a cada traducción en un espacio intervenido y saturado por su propia enunciación. Esta irrupción de su subjetividad en el proceso de traducción, marca un diálogo constante entre traductor y texto que da cuenta de la configuración de un acto discursivo personal. Esta intensa visibilidad no hace más que imprimir sobre el texto traducido una representación —“romántica” dice Willson— de *lo literario*.

Borges, por su parte, aparece como aquel que libera a la traducción de su sometimiento a una fidelidad opresiva, y la configura como un ejercicio lingüístico que obedece a un acto tanto de inserción cultural como de creación. En Borges, “las decisiones del traductor no están condicionadas únicamente por una noción más o menos laxa de correspondencia con el texto fuente, sino también por determinada colocación dentro de la literatura receptora”(p. 117). Su extraña “aclimatación” del último monólogo del *Ulises*, un verdadero híbrido literario en el que Molly Bloom resucita el paisaje de la pampa, revela estrategias que destacan una apropiación crítica del texto, delimitan ese “vanguardismo” al que Willson hace referencia y responden a una concepción de poética narrativa.

178 179

En Bianco, finalmente, la práctica de traducción aparece atravesada por una fuerte y necesaria fidelidad que permita el armado de un discurso en el que el lector se desplace sin percibir el cruce de lenguas que ella provoca; en palabras de Bianco, una traducción *lisa*. Se trata otra vez del traspaso de una noción propia de la lengua literaria, pero que asume un riesgo que en algunos casos puede volverla contraproducente y atentar contra la identidad o incluso la legibilidad del texto traducido. Su versión de *Malone meurt* de Samuel Beckett enseña, para Willson, este riesgo: una “racionalización” del régimen sintáctico que borra la informidad referencial del texto, y altera así su estrategia de escritura.

Integrados en un proyecto editorial como *Sur*, que marcó una nueva orientación hacia la literatura extranjera y conformó un verdadero aparato importador para su apropiación, estas tres figuras permiten descubrir a la traducción literaria como un acto que obedece siempre a lógicas disímiles acerca del modo en que materializar el cruce entre lenguas y literaturas. Pero más allá de sus individualidades, insisten en la necesidad de la traducción como una práctica productora de nuevos y destacables textos —el Faulkner de Borges, o el celebrado Henry James de Bianco— capaces de configurar nuevas poéticas que impacten al interior de la literatura argentina, para fortalecer así su identidad y su porvenir.